



*Chemins de fer, chemins de sable:  
los españoles del Transahariano.*

**Autor:** Carlos Barciela y Carmen Ródenas (eds.)

**Editorial:** Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2016

**ISBN:** 978-84-9717-433-6

**Páginas:** 125

La portada de libro -fotografía de la Estación ferroviaria de Mongoub- anuncia una obra donde la simetría y la soledad habrán de hilvanar una narración que se anuncia tan inquietante y perturbadora como su cielo. Porque lo primero que debe conocer el lector es que *Transahariano* surge de la exposición fotográfica «Chemins de fer, chemins de sable: les espagnols du Transsaharien». Las veintinueve fotografías que la formaban fueron tomadas por Carmen Ródenas Calatayud, a lo largo de nueve años, en las instalaciones del ferrocarril africano y en los campos de trabajo donde se encarcelaron a sus trabajadores. Tal como se organizó la muestra, en el libro las instantáneas, recopiladas en su parte final, se acompañan, por un lado, con una selección de las anotaciones recogidas por el piloto de caza

republicano Antonio Gassó Fuentes durante su cautiverio en uno de los campos, en el «Diario de Gaskin»; y, por otro, con algunas de las ilustraciones de la novela gráfica *Los surcos del azar* de Paco Roca, también parte de la mencionada exposición.

*Transahariano* narra, en efecto, la historia de la derrota que sufrieron los republicanos españoles. Derrota que, en este caso, se expresa en un contexto donde resulta tan imposible zafarse de ella como ilusorio disimular su sufrimiento. La condición de esclavo a la que fueron sometidos los prisioneros en la construcción de un ferrocarril en el desierto sahariano no permite ninguna de ambas escapatorias como expresa con radical contundencia uno de sus protagonistas: “me encuentro pudriéndome y debilitándome en esta maldita cárcel”.

No había nadie mejor que el maestro Albert Broder para explicar el proyecto colonial que supuso ferrocarril africano tanto por su acreditado conocimiento sobre la materia, como por sus propias vivencias personales en África, que el firmante de esta reseña tuvo el privilegio de escuchar de él en una velada inolvidable. Determinado por los vaivenes coloniales, el ferrocarril renació como ave Fénix —explica el historiador francés— en la Francia de Pétain para garantizar los intereses galos en el norte de África, así como para estrechar los lazos con el régimen de Berlín. La utilización de los exiliados republicanos españoles como mano de obra esclava en la construcción ferroviaria surgió, desde el primer momento, como el recurso más propicio entre los perversos dirigentes militares y civiles del régimen de Vichy.

El segundo capítulo, firmado por Carlos Barciela, tiene como objeto central demostrar que las organizaciones republicanas, y, en especial, las organizaciones de izquierdas, mantuvieron durante la corta experiencia republicana una posición tan colonialista como la que habían mantenido las derechas a lo largo de las tres décadas anteriores. Barciela acierta al acudir a los *sinister interests* de Jeremy Bentham, que inspira el título que da a su texto, para situar en su justo término el problema colonial. (Concepto éste que vendría a explicar, por qué no, una gran cantidad de acontecimientos contemporáneos). Pero a Barciela le “duele”, sobre todo, la posición de la izquierda en esta cuestión, la cual somete a una impía crítica que, a la luz de los argumentos que presenta, resulta difícil contestar. Constituye este capítulo, sin duda, un ejercicio concebido para la controversia –seguro que con intención– porque, evidentemente, sigue siendo un asunto soslayado por la izquierda. Por ello, me resulta desconcertante que el artículo finalice con una especie de disculpa de la posición republicana atendiendo a diferentes casos que, en cierto modo, no hacían posible otra posición.

Tampoco puedo dejar de señalar que no comparto la aseveración de Carlos Barciela de que *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels sea la matriz del colonialismo del PSOE por el papel que otorgan al proletariado como «civilizador» del mundo feudal. Tanto uno como otro no dejaron nunca de denunciar, a través de numerosos escritos, la perversión que suponía el colonialismo (C. Marx y F. Engels, *Acerca del colonialismo*), como, asimismo, la «acumulación originaria» constituye la más lúcida denuncia de dicho sistema.

Juan Martínez Leal aborda en el tercer capítulo del libro cómo se produjo el exilio, el internamiento y el trabajo de los republicanos españoles que llegaron al norte de África. Este brillante texto, narrado con un compromiso que no reduce su seriedad, viene a confirmar aquello que sentenció sabiamente Mark Twain: “La historia no se repite, pero a veces rima”. Resulta más necesario que nunca contar que una buena parte de los republicanos españoles vivieron una experiencia de estigmatización como la que actualmente sufren los refugiados en una Europa que parece perder con un ritmo vertiginoso su única capacidad civilizadora; así como que fueron objeto de la perversa represión que se les aplicó como esclavos del fascismo. Aunque resulta imposible explicar en toda su naturaleza estos hechos, sí quiero destacar que la organización que mantuvieron las víctimas fue lo que impidió que perdieran su humanidad porque se sustentaba, precisamente, en la creación de vínculos de solidaridad.

En el último texto, la propia fotógrafa Carmen Ródenas Calatayud, economista y especialista en movimientos migratorios, asume la narración de la liberación de los presos. Lo que debía haber sido el momento más feliz se convierte para los presos españoles en una especie de pesadilla dentro de la misma pesadilla. Los aliados, lejos de tratar el asunto con la diligencia que se suponía, lo condujeron con una tenaz voluntad burocrática. Una rima más de la historia que esconde la escasa empatía mostrada con las víctimas y, en particular, entonces, con los españoles que, de nuevo, encontraron en su orgullo republicano la fuerza para resistir una nueva e insólita tortura.

Seguramente, todos coincidiremos en que la valía de un libro se pueda medir por la incomodidad que cause a la sociedad al que va dirigido. Pues bien, sin duda alguna, *Transhariano* cumple sobradamente esta condición. Tanto, que, más bien, debería producir dolor. Eso sí, dolor reflexivo. Esta es la experiencia que ha tenido el que firma esta reseña con su lectura y contemplación.

Miguel Muñoz Rubio